

DONATO FERNÁNDEZ NAVARRETE

Historia de la Unión Europea. España como Estado miembro

Madrid, Delta Publicaciones, 2010, 396 pp.

ISBN: 978-84-92954-11-7

Al disponerme a escribir estas notas sobre la obra que acaba de ver la luz del profesor Donato Fernández Navarrete, con quien contrahe hace ya tiempo una deuda de gratitud, pues sus publicaciones y las conversaciones que he tenido la suerte de compartir con él me fueron de enorme sosiego para afrontar la tarea –durante no pocos años– de la docencia de la historia de la Unión Europea, sobre mi mesa descansan inquietantes titulares de la prensa sobre la incapacidad de la Unión Europea para censurar la expulsión de gitanos practicada por el Gobierno de Sarkozy, mientras el editorial de *El País* de 17 de septiembre de 2010 denunciaba en su titular «Europa zozobra». El telón de fondo sugiere un paisaje no menos preocupante si atendemos a las prácticas populistas de la política inmigratoria de Berlusconi en Italia o el silencio que ha acompañado al informe del Comité de expertos liderado por Felipe González para hacer un diagnóstico del Estado de la Unión Europea y encarar los retos del futuro. Un terreno roturado por la magnitud de la crisis económica y las dificultades para avanzar en el proceso de construcción europea con motivo del fracaso de la Constitución Europea.

Estas circunstancias nos advierten no sólo de la oportunidad sino también de la conveniencia de publicaciones que como la del profesor Donato Fernández Navarrete asumen desde el rigor, la reflexión honesta y crítica y un no menos importante afán pedagógico por recordarnos el camino recorrido y el modo en que se ha transitado, proyectarnos sobre los desafíos del presente y tomar consciencia de un porvenir que se forja en las decisiones del día a día de los europeos. Texto y contexto dan razón de ser a un compromiso ético e intelectual que como el propio autor indica se gestó al calor

del Tratado sobre la Constitución Europea y que tras el letargo que conduciría a la firma del Tratado de Lisboa el 13 de diciembre de 2007 reanimó los propósitos y los esfuerzos para su publicación. Una circunstancia que ilustra la intensidad del diálogo entre el intelectual y su objeto de estudio, así como su propio contexto. El propio Edward H. Carr (*¿Qué es la historia?*, 1961) se refería a la historia como un «proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado». En este diálogo, el «historiador aparece como un producto de la sociedad en que vive y, en último término, de la historia». Pocos años después, en 1966, el propio Foucault (*Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*) reflexionaba sobre la centralidad del hombre –del hombre actual– en la propia ciencia y el conocimiento científico. Una reflexión surgida al calor del prólogo a la obra, realizado por Enrique Barón Crespo –expresidente del Parlamento Europeo y catedrático Jean Monnet– en el que hace mención expresa de la presencia en la obra de ciertos componentes morales e intelectuales propios de la generación de la Transición democrática en España y encarnados por el propio autor. En este sentido, en el «relato –citando textualmente a Enrique Barón– hay un componente autobiográfico destacable, que refleja la visión de nuestro futuro que compartíamos los que vivimos la pasión regeneracionista con que hicimos la transición hacia la democracia en España y conseguimos su integración en Europa».

La obra, en la mayor parte de las ocasiones de modo explícito, en otras de forma implícita, es un fiel reflejo de las preocupaciones intelectuales y morales del autor, cuya vocación académica hacia la construcción europea ya había quedado impresa en trabajos precedentes (*Historia y economía de la Unión Europea*, 1999) y multitud de estudios sobre el modelo económico de la Unión Europea, acompañada de una incesante labor pedagógica y divulgativa en las aulas y foros universitarios. Y en este sentido,

su reciente aportación atesora muchas de las preocupaciones que han capitalizado el interés y las agendas de investigación de la historiografía sobre la construcción europea. Así, el protagonismo de la dimensión histórica de la idea de Europa y el lugar que la noción de Europa ha ocupado en el pensamiento europeo, que fue una de los primeros lugares comunes de la historiografía desde la década de 1950, son un referente fundamental para la comprensión de las raíces sobre las que se pondrían los cimientos de la construcción europea tras la II Guerra Mundial, a las que se atiende en los primeros capítulos. Esta aproximación primigenia y fundamental transcurriría en paralelo al abordaje historiográfico de la construcción europea desde las diferentes perspectivas nacionales. Ambos embriones se imbricarían en los capítulos dedicados a España y la construcción europea, tanto desde el prisma de la idea de Europa y las relaciones España-Europa en el pensamiento español como desde el tortuoso camino de España hasta su adhesión y su trayectoria posterior. En el trasfondo discurre uno de los debates de mayor calado en la historiografía española reciente al hilo del excepcionalismo y la normalidad de la historia de España respecto a Europa y la clausura, en palabras de Emilio Lamo de Espinosa, del ciclo regeneracionista y el ideal europeizador como hoja de ruta de modernidad, tan presente en la generación de políticos e intelectuales de la transición española.

El decurso del proceso de construcción se teje desde su desarrollo institucional, en cuyo núcleo duro se inserta la integración económica en razón de la metodología funcionalista preeminente desde la génesis de las Comunidades y en el salto desde el Acta Única hasta la Unión Europea. Un desarrollo institucional, como experiencia supranacional, en cuya agenda figuraban anhelos y proyectos de una dimensión que desbordaba lo meramente económico y que, insertos en los diferentes proyectos político-intelectuales sobre Europa —desde las posiciones intergubernamentales y federalistas

hasta enfoques más recientes derivados de la propia realidad social como las redes políticas o la gobernabilidad a varios niveles—, acompañarían a los debates y el desarrollo institucional de la Unión Europea.

La reflexión que plantea el autor en el capítulo 8 acerca de lo conseguido por la Unión y lo «mucho que resta por hacer» entreteje la nuclearidad de lo económico y la creciente convergencia de la dimensión política de la Unión, tanto en lo concerniente en la Unión Económica y Monetaria como el desarrollo de los pilares intergubernamentales de Maastricht —la Política Exterior y de Seguridad Común y la cooperación en los asuntos internos—. Pero, asimismo, la reflexión sobre el frustrado proyecto de Constitución Europea y su reencauzamiento bajo el manto del Tratado de la Unión Europea en el Tratado de Lisboa, alerta acerca de los espacios sin roturar en la Unión, en particular la construcción de la ciudadanía europea y, en suma, de la identidad de los europeos. A este respecto, las reflexiones que apunta el autor no serían ajenas a las preocupaciones mostradas por una de las grandes lagunas en la construcción europea, el componente emocional del sentimiento identitario en torno a Europa y su cohabitación con las identidades nacionales. Hace unos años Luis Arroyo en un artículo titulado «Europa necesita un relato» (*El País*, 7 de noviembre de 2008) advertía, muy atinadamente, que una de las causas de la lentitud del proceso de construcción europea era, precisamente, la «falta de un relato compartido por los europeos». Europa «tiene una larguísima historia común, pero los europeos no lo saben, porque en su memoria están frescos los enfrentamientos internos». Hasta la II Guerra Mundial la historia de Europa era la de los Estados-nación y la de los nacionalismos. Al comenzar el proceso de construcción europea, los padres de Europa optaron por el único camino posible, un proyecto asentado más en «lo instrumental que en lo expresivo; más racional que emocional; más logístico que mítico; más práctico que afectivo». Los padres de Europa

fueron «audaces y realistas». La construcción de Europa como una comunidad requiere un mito fundacional y símbolos compartidos, y esta laguna figura en la agenda política y académica desde la década de 1980 en el marco de la *relance* de la construcción que conduciría a la senda de Maastricht. En aquel contexto emergerían proyectos transnacionales auspiciados por las propias instituciones comunitarias, como el *Groupe de liason des Historiens auprès des Communautés* y la indagación académica en torno a la identidad, la construcción de la ciudadanía europea, el cosmos de las imágenes y percepciones entre los europeos, como reflejo mismo de las prioridades en la teoría social y la historiografía en la estela del giro culturalista.

Las reflexiones de la obra del profesor Donato Fernández, planteadas desde una óptica transnacional, bien deben invitarnos a revisar las coordenadas epistemológicas desde las que solemos analizar los acontecimientos y procesos históricos, entre ellos el de la propia construcción europea. En este sentido, y a modo de epílogo, nos parece ineludible afrontar el reto que Ulrich Beck —profesor de Sociología de la Universidad de Múnich— plantea para poner en su justa dimensión cualquier aproximación analítica al «milagro europeo». Resulta especialmente llamativo, advertía desde las páginas de *El País* el 27 de marzo de 2005, el «fracaso de la sociología frente a Europa». Una disciplina que había adquirido su instrumental desde las postrimerías del siglo XIX y en los albores del siglo XX a partir de las sociedades nacionales. Desde esta coartada epistemológica cualquier aproximación al análisis de la realidad europea resulta desalentador. El concepto de sociedad «es el punto de cristalización del nacionalismo metodológico de la sociología». Según este «barremo conceptual derivado del Estado nacional» se revelaría deficitaria cualquier aproximación a las realidades de la europeización: «no hay *demos*, ni pueblo, ni Estado, ni democracia, ni opinión pública». Es, por tanto, necesario repensar la europeización no sólo en un sentido ver-

tical —el modo en que trasciende las sociedades nacionales la realidad institucional de la Unión Europea— sino también en un sentido horizontal —la europeización horizontal—, que atiende al modo en que los procesos de europeización perforan y permeabilizan los contenedores nacionales.

La deuda contraída con el profesor Donato Fernández Navarrete se agiganta a la luz de estas consideraciones, pues se trata de una obra necesaria para seguir avanzando en el conocimiento crítico de una experiencia social determinante en la vida de los europeos, comprometida y personal a tenor de la proyección de una actitud intelectual y moral europeísta, y plenamente inserta en un contexto complejo, plagado de incertidumbres, en el que tan necesarias son visiones y análisis reposados y fundamentados en una amplia perspectiva temporal, esencial para la reflexión sobre el proceso de construcción europea.

José Luis Neila Hernández